

# ENTERRAMIENTOS EN CISTAS DEL BRONCE FINAL EN EL S.O. CACEREÑO Y PARALELISMOS CON EL S.O. PENINSULAR

*Julio Esteban Ortega*

Un problema de base encierra el estudio de los enterramientos del Bronce Final en el S.W. cacereño al igual que en el resto de Extremadura, que viene determinado por la escasez de los mismos debido seguramente no a su inexistencia sino a la falta de excavaciones arqueológicas en nuestra región. Concretamente en lo que se refiere a nuestra zona de estudio, los hallazgos son mínimos y en general se reducen a tumbas o pequeños grupos de tumbas aisladas de poca significación y perdidas en su totalidad. No obstante la visión de necrópolis como la de Valcorchero<sup>1</sup> y las del S.E. Peninsular (Huelva y Atalaia)<sup>2</sup> nos puede dar una idea si no exacta, al menos aproximada de las que en esta zona cacereña debieron existir. No olvidemos que los enterramientos en cistas es un fenómeno bastante generalizado en el Occidente europeo, incluida la Península Ibérica y que las diferencias son mínimas entre las diversas áreas de difusión, por lo que esta similitud nos permitirá abordar este problema con los elementos de juicio de que disponemos a falta de testimonios más directos y fidedignos que para nuestra zona poseemos.

El Bronce Final viene caracterizado en cuanto a ritos funerarios se refiere por el sistema de enterramiento en cistas de inhumación. Pero este fenómeno no es exclusivo de este período ya que tiene sus orígenes en el Bronce II o Bronce Pleno, en el que los enterramientos múltiples característicos de la cultura megalítica van siendo sustituidos por los individuales en cistas. Sin embargo, ese colectivismo sepulcral megalítico aunque cambia no desaparece y se sigue manifestando en la nueva coyuntura, ya que las propias cistas aparecen agrupadas en un número variable de ellas.

<sup>1</sup> M. ALMAGRO.: El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura. Madrid. 1977, 151 y ss.

<sup>2</sup> H. SCHUBART: Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel. M.F., 9. Berlin, 1975; idem: Atalaia, una necrópolis da idade do bronze no Baixo Alemtejo. *Arquivo de Beja*, XXII, 1965; idem: estratigrafía horizontal de Atalaia, una contribución a la cronología de la Edad del Bronce en el s.o. de la P. Ibérica. *Crónica del X Congr. Nac. de Arq.*; M. DEL AMO: Enterramientos en cistas de la Provincia de Huelva, Huelva: Prehistoria y Antigüedad. Madrid, 1975.

La estructura asociativa de las tumbas se observa en necrópolis como las de Atalaya o Huelva que junto con las halladas en el norte de la provincia de Sevilla y la de Valcorchero (Plasencia-Cáceres), son las más significativas de este período.

Relativamente frecuente es el hallazgo de enterramientos en cistas en lugares próximos a dólmenes de lo que se deduce sino una asociación entre ambas formas de enterramientos, si al menos ciertas influencias de ritos ancestrales que aún perviven en las sociedades del Bronce Final que aunque pugnan por prevalecer terminan desapareciendo<sup>3</sup>.

¿Quiénes son los causantes de este sustancial cambio? si partimos de la base de que toda modificación de unos ritos funerarios tan arraigados como puedan ser los megalíticos suponen una profunda transformación de mentalidad en los individuos que sufren dicho cambio, habría que pensar en algún factor considerable provocador de esta situación. Parece ser que la autoría de estas nuevas ideas habría que atribuirlos a gentes llegadas a nuestras costas atlánticas desde Europa Occidental forjadores con su influjo de la llamada cultura del Bronce Atlántico que se desarrolla en el Occidente peninsular o también por evolución de las gentes del vaso campaniforme, de cuyos nutridos grupos se tiene constancia sobrada en la desembocadura del Tajo y en la zona centro peninsular<sup>4</sup>.

En cualquier caso, sean quienes sean sus autores, lo que está claro es que el rito de inhumación en cistas termina por imponerse por todo el occidente peninsular, no sin resistencia de los grupos megalíticos extremeños que perduran hasta bien avanzado el Bronce Medio como lo demuestra el dolmen de Lácara, alguno de cuyos materiales han arrojado una cronología aproximada entre los siglos XIV al XIII a. C.<sup>5</sup>.

Estas nuevas formas de enterramientos que tienen su origen en el Bronce Medio perviven durante todo el Bronce Final hasta que progresivamente van siendo sustituidas por las necrópolis de incineración en urnas características de las gentes de los Campos de Urnas Centroeuropeos cuyos primeros representantes se han infiltrado ya a comienzos del I milenio a. C., aunque evidentemente el reducido número de los hasta aquí llegados no representan un peligro inminente para las estructuras sociopolíticas e ideológicas establecidas. Pese a todo, la fuerza de esta cultura no va a tardar mucho en dejar sentir su influencia en regiones tan apartadas como la propia Extremadura y el Sur de Portugal.

La penetración de las nuevas ideas no se hace bruscamente sino de un modo escalonado y no siempre sucesivo, orientándose por las vías naturales de penetración, a saber, Valle del Jerte por Salamanca y Valle del Tietar por Avila, así como por la Cuenca del Tajo, vías estas que confluyen en la llamada Ruta de la Plata. A partir de estas arterias principales se extienden a continuación hacia las zonas marginales del Sur y Oeste cacereño, aprovechando las rutas secundarias como es la cuenca del Salor hacia la zona Centro portuguesa que presenta gran similitud con la región extremeña.

<sup>3</sup> Esta asociación de cistas junto a dólmenes se aprecia por ejemplo en el dólmen de Castraz (Ciudad Rodrigo), o las 4 cistas halladas a poca distancia de otro dólmen en Salvatierra del Tormes.

<sup>4</sup> M. ALMAGRO G.: El Bronce... op. cit. pág., 490.

<sup>5</sup> M. ALMAGRO G.: Elementos de origen egeo en la P. Ibérica. *III International Colloquium on Egean Prehistory*. Shffield, 1973.

No tenemos constancia arqueológica de cistas aisladas o necrópolis de cistas en la zona del S.W. de Cáceres, como las ya mencionadas de Valcorchero, zona de Huelva y Sevilla, etc., sin embargo algunos indicios nos inclinan a pensar que en efecto, existe este tipo de sepulturas. Así lo confirman al menos las noticias que hemos podido recoger sobre las estelas de Valencia de Alcántara I-II-III, que al parecer se hallaron juntas en un cerro aislado, El Cofre, en donde se ubica un castro de la Edad del Bronce, y que procedían de tumbas delimitadas por piedras en forma más o menos rectangular.

Si esto es así, todo parece indicar que los enterramientos en cistas de este cerro formaban parte de la necrópolis de dicho castro, dato este que constituiría un testimonio muy importante a la hora de relacionar las estelas decoradas extremeñas con el uso de enterramientos en cista, común a todo el cuadrante suroccidental de la Península Ibérica.

Y puesto que hemos apuntado una estrecha relación de las cistas con el fenómeno megalítico, no nos extraña la existencia de éstas en la región que estudiamos y sobre todo en la de Valencia de Alcántara, lugar en el que la actividad dolménica fue muy abundante hasta el punto de constituirse en el foco de mayor concentración de estos monumentos.

En vista de la parquedad de datos que sobre el particular poseemos, debido sin duda alguna a la escasez de prospecciones arqueológicas serias, no nos queda otra solución que analizar el problema apoyándonos en el único yacimiento de que disponemos, nos referimos al campo de cistas de Valcorchero<sup>6</sup> que fue expoliado ya en épocas pasadas.

La ubicación de la necrópolis de Valcorchero presenta unas características muy peculiares que van a conformar la estructura de su distribución. En efecto, la fuerte pendiente y los diversos cortes del terreno que en este lugar se aprecian motiva el que las cistas se agrupen en una serie de conjuntos que Almagro denominó Zona Norte, compuesta por un total de 35 cistas; Zona Oeste, con más de 20; y la Zona Sudeste, situada a mayor altura y comprende 22 cistas.

Las características más significativas que presenta esta necrópolis son a grandes rasgos las siguientes:

a) Las cistas se ubican en zonas donde el declive es menor y la pendiente forma una especie de escalón.

b) La división en tres grupos de cistas no viene determinada por un intento de separación de las mismas, sino que es consecuencia de la fuerte pendiente del terreno que imposibilita su concentración.

c) Su dispersión es irregular, es decir, las cistas no parecen tener una dispersión concreta con respecto a las demás, ya que las distancias entre unas y otras son muy variables y oscilan entre 3 y 20 ms., localizándose algunas de ellas aisladas.

d) En general, la cista se compone de 4 o más bloques de granito que pueden presentar una forma más o menos rectangular, aunque suelen ser cuadradas, pero lo normal es que sea irregular, colocados los bloques de tal modo que las partes más rectas de los mismos constituyan un rectángulo. Es muy frecuente que las paredes

<sup>6</sup> M. ALMAGRO G.: El Bronce... op. cit., 151 y ss.

laterales se refuerzan con otros bloques de granitos de menor tamaño para dar mayor consistencia a la cista. En algunos casos estas cistas se construyen a base de grandes bloques graníticos e incluso se adosan a los canchales aprovechando una de sus caras. De este modo junto al canchal se colocaban dos o más bloques para formar el enterramiento. También se documenta la utilización del espacio entre dos canchales muy próximos para una vez cerrados por sus extremos crear la cista. Esto ha dado dos tipos diferenciados de tumbas, por una parte las exentas, construidas con bloques sueltos, y por otra, las adosadas aprovechando los canchales.

e) Las medidas del espacio cuadrangular formado por los bloques graníticos es aproximadamente de unos 50 cms. de lado, que como después veremos es de dimensiones más pequeñas que las de otras necrópolis de cistas.

f) Todas estas cistas se encuentran expoliadas y no se halló ningún tipo de material ni óseo, ni lítico ni cerámico que permita un estudio más completo del yacimiento.

De todo lo dicho anteriormente se deduce una clara adaptación del yacimiento a la orografía del terreno al igual que ocurre en el poblado, de tal modo que no existe una distribución previa, sino que la disposición viene dada por los accidentes del suelo. Así, vemos como tanto las cabañas como las cistas aprovechan en muchos casos los canchales para formar una o dos de sus paredes y posteriormente se acondiciona el resto de la construcción.

Un dato que llama poderosamente la atención es el número tan reducido de cistas halladas en Valcorchero si lo comparamos con la relativa importancia en el poblado de Boquique debió alcanzar. La posibilidad de que estos enterramientos puedan significar la pertenencia de los mismos a un determinado momento muy concreto en el tiempo del poblado no parece ir mal encaminada, sin embargo nos sigue pareciendo insuficiente. Habría que pensar pues, que existía una diferenciación de la población que impedía que cierta parte de la misma se enterrara en este lugar. Si esto es así, no cabe duda que la pobreza de las gentes de Boquique era considerable, sólo comparable a las de la zona de Huelva, a no ser que sus tumbas expoliadas encerrasen un rico ajuar, cosa que dudamos mucho.

Cierta similitud con la de Valcorchero presentan las necrópolis de cistas de la zona de Huelva<sup>7</sup> aunque desarrollan unas peculiaridades propias que forman un subgrupo dentro de conjunto de cistas del Suroeste peninsular. Estas características son las siguientes:

a) La costumbre de situar estas necrópolis en mesetas a media altura por la fuerte pendiente vista en Valcorchero se repite en Huelva como una constante en todas sus necrópolis, de tal modo que los diferentes grupos se ubican en cerros distintos que no suelen tener mucha altura.

b) Las tumbas están dispersas en grupos no mayores de 20 aunque formando una sola necrópolis correspondiente a un mismo hábitat, cuya mejor explicación se debe al intento de diferenciación de la organización tribal. Se pretende que individuos del mismo clan permanezcan unidos incluso después de la muerte y para ello se les encierra unos cerca de los otros.

<sup>7</sup> M. DEL AMO: enterramientos... op. cit., 109 y ss.

c) A este agrupamiento se le une una mayor concentración de cistas que no suelen sobrepasar los 2 ms. de distancia entre ellas, sin apreciarse ningún tipo de ordenación.

d) La cista se forma mediante la excavación de una fosa más o menos rectangular o trapezoidal de unos 50 cms. de profundidad y siempre siguiendo la estructura laminar de las pizarras, nunca al contrario. Seguidamente se procede a colocar dos lajas de pizarra verticalmente a los lados y otras más pequeñas en los extremos cerrando el habitáculo destinado al cuerpo del difunto, permaneciendo el fondo sin ningún tipo de recubrimiento. Finalmente la cista se tapaba con una o varias lajas colocadas horizontalmente.

e) Las dimensiones de las cistas son variables y oscilan entre los 80 cms. de largo y entre 40 y 70 cms. de ancho, siendo la profundidad más regular estableciéndose sobre los 50 cms. En algún caso sin embargo las dimensiones de las tumbas presentan medidas muy superiores que pueden sobrepasar los 2 ms. de largo, el 1,40 de ancho y el metro de profundidad.

f) Algunas de las cistas en su estructura presentan una serie de piedras colocadas alrededor de las paredes verticales con el fin de elevar la cubierta y aliviar el peso de las mismas.

g) El ajuar es muy pobre y se compone de uno o dos recipientes de cerámica a mano y en contados casos ha aparecido restos humanos, lo que supone, que aunque estas cistas han sido expoliadas en un 90%, nunca encerraron el cadáver del difunto por lo que se ha pensado más en su sentido de ofrenda que en el de verdadera sepultura<sup>8</sup>.

El análisis comparativo de estos dos grupos, el extremeño y el de Huelva presentan una serie de afinidades y diferencias claras que a continuación pasaremos a especificar.

Se observa primeramente que el grupo extremeño, al que denominaremos grupo I, presenta una división en tres áreas de cistas a causa de lo accidentado del terreno, mientras que el grupo de Huelva, al que denominaremos grupo II, estas agrupaciones se conciben dentro de la concepción tribal tendente a preservar a sus miembros como unidad aislada dentro de la comunidad.

Tanto en el grupo I como en el II las cistas se ubican en terrazas de mediana amplitud formadas en el declive de pequeños montes, generalmente colocados en el inicio de dicha pendiente y nunca en la cima.

En todas estas cistas no se observa ningún tipo de ordenación y existe una cierta anarquía en este sentido, aunque mientras que en Huelva la distancia entre ellas no suele ser grande (unos 2 ms. aproximadamente), en Valcorchero esta distancia puede llegar a 20 ms.

El factor geológico es decisivo y determina el empleo de diferentes materiales en la construcción de las cistas. De este modo mientras que en Valcorchero se emplea el granito para su fabricación, en Huelva es la pizarra la materia prima utilizada en el enterramiento. Esto motiva unas formas más regulares en las cistas del grupo II ya que la pizarra se trabaja con mucha mayor facilidad que el granito al estar per-

<sup>8</sup> M. DEL AMO: enterramientos... op. cit., pág. 123.

fectamente laminada. Por el contrario, el grupo I presenta una formación a base de granito que va desde los pequeños bloques hasta los grandes canchales que determinan las formas de amontonamientos de piedras, buscando los cortes rectos para formar una superficie rectangular, hasta la estructura exenta o adosada de las mismas.

Las dimensiones de las cistas son más reducidas en el grupo I que en el II, lo que se ha considerado como un signo de antigüedad de las segundas con respecto a las primeras y que posteriormente veremos.

Tanto unas como otras se encuentran en su mayor parte expoliadas y el ajuar, cuando lo hay, es muy pobre, siendo inexistente en el grupo I. La ausencia de restos humanos es un dato importante ya que al menos en Huelva puede significar que algunas de estas necrópolis sean enterramientos secundarios dedicados más a ofrendas que a contener el cadáver del difunto. Esto viene a confirmarlo el hecho de que aparezcan restos óseos, nunca es el esqueleto entero, sino fragmentos del mismo. Así mismo, en la tumba 12 de la necrópolis portuguesa de Ulmo, en Santa Victoria, se hallaron cuatro esqueletos que determina la utilización de la cista como cista osario y por lo tanto lleva implícito el carácter de enterramiento secundario<sup>9</sup>.

Finalmente, de este análisis comparativo se deduce una mayor adaptación al terreno y a los materiales de las cistas de Valcorchero que las de Huelva, lo que convierte a las primeras en más toscas y rudimentarias que las segundas, perfectamente delimitados sus contornos en una estructura rectangular o trapezoidal.

Recapitulando, se observa como a pesar de algunas diferencias entre estos grupos de necrópolis, en el fondo se detesta un substrato común que se enmarca dentro de la corriente cultural que desde el Bronce Pleno se extiende por toda la zona atlántica europea y que en algunos puntos perdura hasta pleno Bronce Final. Este grupo del Suroeste peninsular, al que Valcorchero en definitiva pertenece, presenta unas connotaciones propias que demuestran cierta entidad por sí mismo, aunque como ya se ha apuntado, se pueden individualizar algunos subgrupos dentro de esta tendencia común de las cistas peninsulares. Así, se señala un grupo en la región extremeña<sup>10</sup>, otro en la zona de Huelva y Norte de la provincia de Sevilla o grupo andaluz<sup>11</sup>; grupo Sur de Portugal<sup>12</sup>; grupo del Centro portugués<sup>13</sup>; y finalmente el grupo salmantino<sup>14</sup>.

No es nuestra intención por supuesto pormenorizar en cada grupo por separado, ya que se saldría del objetivo de nuestro trabajo; simplemente intentamos individualizar y comparar las cistas extremeñas con los restantes grupos para mejor comprender esta etapa del Bronce Final que nos ocupa.

Un dato parece deducirse del estudio de todos estos conjuntos con enterramientos en cistas, y es que tanto el tamaño reducido de las mismas, su no estructuración

<sup>9</sup> M. VIANA y E. NUNES RIBEIRO: Notas heas, arqueológicas y etnográficas do Baixo Alemtejo. Beja, 1957, pág. 53.

<sup>10</sup> M. ALMAGRO G.: El Bronce... op. cit., 151 y ss.

<sup>11</sup> M. DEL AMO: enterramientos... op. cit. 109 y ss.; F. CANTERLA: Hallazgos de tumbas argáricas en Aracena (Huelva). *Ampurias* XXVI, Barna. 1964; R. GARAY y ANDUAGA: Boletín R.A.H., Madrid, 1870.

<sup>12</sup> Para las necrópolis portuguesas del s.o. ver: H. SCHUBART: Die... op. cit. 19 y ss.

<sup>13</sup> H. SCHUBART: Die... op. cit., pág. 21.

<sup>14</sup> C. MORAN: Excavaciones en los dólmenes de Salamanca. I. y M.J.S.E.A., 113.

en grupos y la posible relación con las estelas decoradas apuntan a que las cistas extremeñas así como las del Norte de Sevilla y Córdoba tienen una cronología más avanzada. Es esta la única explicación que se nos antoja para la ausencia de estelas del tipo extremeño en la zona de Huelva.

Es razonable pensar que dentro de los ritos de inhumación en cistas del Suroeste peninsular, algunos grupos, a los cuales nos hemos referido, hayan evolucionado in situ al abrigo de una cultura local o proyectadas por nuevas corrientes que matizan unas diferencias muy particulares que se reflejan en sus formas de enterramientos así como en los ajuares de los mismos. Hay que suponer que ya en pleno Bronce II, en el Argar A, la zona de Huelva y el Algarve portugués fue objeto de una penetración de gentes argáricas, cuya intensidad no nos atrevemos a precisar como lo demuestran ciertas formas cerámicas y los sepulcros en cistas que se observan en el poblado de El Argar. No podemos concretar en el actual estado de la investigación si esta penetración fue masiva o si se trata de meros contactos, en cualquier caso lo que está claro es que tanto la zona de Huelva como el Sur de Portugal hay que incluirlas dentro de un mismo complejo cultural, aunque en su evolución se aprecien diferencias muy notables<sup>15</sup>.

En la cerámica vemos cómo sobre el substrato anterior caracterizado por prototipos cerámicos más o menos globulares y de carena baja del Bronce I e inicios del II, se superponen aquellos argáricos del Bronce Pleno que en ningún momento consiguen desplazar al substrato primitivo que permanece arraigado profundamente y que va a marcar en las zonas respectivas la orientación de esa evolución hacia el Bronce Final y las características esenciales de cada una de ellas.

Según los datos que nos proporciona la arqueología, la región meridional, Huelva y Sur de Portugal, son los dos focos más ricos en cuanto a aparición de necrópolis en cistas se refiere, por lo que es de suponer que fue aquí donde debieron desarrollarse producto de unos ritos resultante de la unión del substrato indígena o local de tradición megalítica y las nuevas aportaciones que suponen las relaciones con El Argar. Desde aquí, este pueblo al que se le supone una etnia común, debió irradiar hacia el Norte, y así vemos cómo las cistas avanzan hacia el Centro de Portugal, provincia de Sevilla, Córdoba, Badajoz y Cáceres, hasta unirse con el grupo de la Meseta que según los prototipos parecen cistas más antiguas derivadas del Campaniforme del centro de la Península<sup>16</sup>.

Si esto es así, podemos establecer en las cistas del Suroeste una serie de etapas:

a) En un primer momento, hacia mediados del II milenio según la cronología de las necrópolis de El Becerro y Las Mesas en Huelva<sup>17</sup> aparecen unos enterramientos individuales en cistas que suponen el abandono de los enterramientos colectivos dolménicos, que si en esta zona pueden perdurar hacia 1.800 a.C., en Extremadura

<sup>15</sup> Existe una diversidad de opiniones entre los autores modernos a la hora de concretar qué pueblo fue el creador de esta cultura común de la zona de Huelva y sur de Portugal, y así, mientras unos, como en el caso de M. Almagro G., piensan que se trata de gentes relacionadas con El Argar que evolucionaron en estos territorios; otros, como Schubart, mantiene la tesis de que no llegan nuevos grupos humanos a la región, sino que las características de su cultura fueron producto del desarrollo local y de los contactos comerciales del El Argar.

<sup>16</sup> M. ALMAGRO G.: *El Bronce...* op. cit., pág. 490.

<sup>17</sup> M. DEL AMO: *Enterramientos...* op. cit., 115 y ss.

llegan hasta los siglos XIV al XIII a.C. como lo demuestran las cuentas perforadas de época micénica procedentes del dolmen de Lácara en Mérida (1).

b) Una segunda etapa viene determinada por la aparición en las necrópolis de cistas portuguesas de las estelas del tipo I o Alemtejanas, que significan una evolución separada de la zona de Huelva ya que aquí no aparecen este tipo de manifestaciones. En esta fase asistimos a un período de auge de la zona del Algarve que se plasma en el arte de las estelas insculturadas.

c) En la tercera fase las cistas han penetrado ya por Córdoba y Sevilla hasta el Norte de Cáceres y Centro de Portugal, y va surgiendo en la zona Sur del Tajo un foco cultural importante creador de las estelas del tipo II o extremeñas. Que puede tener su origen en esta zona del Tajo se deduce de que es aquí de donde parecen proceder los prototipos más antiguos y donde la concentración es mayor.

d) Finalmente podemos señalar una cuarta fase en que estas zonas aculturadas periféricas asimilan las corrientes llegadas a sus tierras, y una vez transformadas y maduradas crean nuevos tipos que a través del comercio y los contactos humanos los exportan hacia los núcleos primitivos de origen, aunque no son asimilados por estas gentes. Así vemos como las estelas del tipo II se extienden hacia Portugal, provincia de Córdoba, Ciudad Real y Sevilla, siendo estas dos últimas provincias donde los tipos son más evolucionados.

Curiosamente en Huelva no aparece ninguna estela de las llamadas decoradas extremeñas, lo que supone un rechazo de esta corriente o que los contactos comerciales y humanos se nos orientan por esta ruta.

En la zona sur si se documenta este tipo de manifestaciones como lo demuestran las estelas de Figueira, Bensafrin, Abobada y Ervidel I, todas ellas pertenecientes a tipos muy evolucionados que si en algunos casos son dudosas, en otros, como en la estela de Abobada se observan ya signos tartésicos.

Esta escasez del tipo de estelas extremeñas en el sur de Portugal supone en definitiva un rechazo a la penetración de nuevas ideas procedentes de Extremadura, tema este en el que se asemejan mucho con las gentes de la zona de Huelva.

Extremadamente delicado resulta intentar establecer una cronología para la necrópolis de cistas de Valcorchero debido a la inexistencia de materiales como consecuencia de su expolio. A qué momento del poblado de Boquique pertenece la necrópolis y qué significado tiene en el contexto del horizonte cultural de las cistas del S.O. es uno de los retos más intrincados para la arqueología extremeña en su camino por intentar aportar un rayo de luz a este mal conocido período del Bronce Final.

Puesto que fijar una cronología absoluta para las cistas de Valcorchero es imposible en el actual estado de la investigación, al menos, algunos datos aislados nos permiten ofrecer unas fechas aproximadas de la antigüedad del yacimiento.

Si admitimos las dataciones establecidas por M. del Amo<sup>18</sup> para la zona de Huelva en torno al 1500-1300 a.C. y teniendo en cuenta que estas necrópolis de cistas son anteriores a las extremeñas, tenemos ya una fecha ante quem para las cistas de Valcorchero. A esto hay que añadir la mayor antigüedad de las mismas con respecto a las necrópolis de incineración, que como la de Medellín se documentan ya

<sup>18</sup> Enterramientos... op. cit. 109 y ss.



en el s. VII, aunque evidentemente este siglo nos parece una cronología muy baja para las cistas.

Hay otro dato más significativo y determina una cronología mucho más cercana, que es la ausencia de estelas del tipo II o extremeño y cuyos inicios se han establecido hacia el s. X a.C. por algunos autores, siglos en los que no descartamos la posibilidad de que se puedan desarrollar las cistas de Valcorchero.

Así pues, nos parece razonable pensar en una cronología relativa de Valcorchero en torno al s. XII a.C., fechas en las que aún no han hecho acto de presencia en el ámbito cultural extremeño el rito de las estelas. Sin embargo, otras necrópolis como la posible de Valencia de Alcántara, tienen una cronología posterior como así lo confirman la presencia de estelas decoradas incluso de tipos avanzados que dan unas fechas entre los siglos IX-VIII.

De todo lo dicho anteriormente se deduce que en Extremadura el rito de inhumación en cistas se documenta arqueológicamente hacia el s. XII a.C., caracterizada esta primera etapa por la ausencia de estelas decoradas, pervive durante los últimos años del II milenio y comienzos del I y perdurarán hasta el s. VII a.C. en el que las corrientes incineradoras portadoras de las culturas del hierro terminan por imponerse.